

Un día con Jon Lee Anderson

Fernando García Mongay



Un día con Jon Lee Anderson

Fernando García Mongay

Con el artículo
De Bagdad a Huesca:
entre dos campos de batalla históricos

Jon Lee Anderson

Prólogo de
Javier Martín

ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE ARAGÓN

CONGRESO PERIODISMO DIGITAL

- © 2005 de esta edición, Asociación de la Prensa de Aragón.
Congreso Nacional de Periodismo Digital
- © 2005 de *De Bagdad a Huesca: entre dos campos de batalla históricos*, Jon Lee Anderson
- © 2005 del prólogo, Javier Martín
- © 2005 del resto de los textos, Fernando García Mongay
Diseño portada: Alberto Naya, Veintiocho Estudio Creativo
Traducción: *De Bagdad a Huesca: entre dos campos de batalla históricos*, Albert Cuesta
- © 2005 fotografías Fernando García Mongay
- © 2005 Fotografía página 74 Mariano Gistaín

Depósito Legal: HU.104-2005

La edición digital de este libro se puede encontrar en Internet:
www.aparagon.es
www.congresoperiodismo.com/anderson

“Cuando se escribe es preciso dar rienda a la inspiración,
cuando se corrige entra en funciones el sentido crítico.
No se deben hacer las dos cosas a la vez”

Salvador Minguijón, “Las luchas del periodismo”
Zaragoza, 1908

Índice

Prólogo. <i>Chico, abre los ojos</i> Por Javier Martín.....	9
Introducción	15
<i>De Bagdad a Huesca: entre dos campos de batalla históricos</i> Por Jon Lee Anderson	21
<i>Cómo embullé a Jon Lee Anderson</i>	27
<i>Una lección de periodismo</i>	41
<i>El periodista en el aula</i>	51
<i>El "genio de los ordenadores"</i>	63
<i>Jon Lee Anderson, periodista</i>	75
<i>Sobre Jon Lee Anderson</i>	79

Prólogo

Chico, abre los ojos

Por Javier Martín *

Persona humana, voluntad política, democracia orgánica, periodismo digital. A todas estas expresiones les sobra una palabra. La que se quiera, pero una sobra. Incluso, les propongo un juego: revuélvanlas. No pasaría nada (periodismo humano, democracia digital, voluntad orgánica, persona política...), porque, simplemente, sobran. No dicen nada, están vacías. Su misión es ocultar la realidad. Los periodistas llevamos años -prácticamente desde su nacimiento- debatiendo sobre el intrínquilis del periodismo digital, discutiendo de sus penurias, crisis y causas. Pero le sobra una palabra, la que quieran. Digital o Periodismo. Si es Digital, hablemos simplemente del miedo humano a un avance técnico. Algo natural, comprensible y que se pasa con el tiempo.

*Javier Martín, natural de Pamplona, estudió Periodismo en la Universidad de Navarra. Empezó su carrera profesional en la agencia *Europa Press* y desde 1982 trabaja en *EL PAÍS*. En 1998 participó en la creación del suplemento tecnológico del diario, *Ciberp@ís*, en donde sigue.

Sin embargo, el presunto debate sobre periodismo digital acaba siendo un debate sobre periodismo, sobre la pérdida de identidad de un oficio, el oficio de contar. En conclusión, parece que nos enfrentamos a una crisis del periodismo en general.

El periodismo llamado digital, que se suele identificar con el periodismo que se hace en Internet, se puede calificar, en general y en el mejor de los casos, de malo; en el peor, de copias vergonzosas y tardías de lo publicado en papel. El fracaso del periodismo llamado digital es nacional e internacional. Después de una década, apenas hay ejemplos de buenos trabajos publicados en Internet.

Los sucesivos congresos de Huesca sobre Periodismo Digital siempre han derivado en quejas sobre la falta de recursos, la falta de publicidad, la falta de internautas... dejando en un segundo término la autocrítica de los profesionales. La cuestión es que el periodismo no ha encontrado la forma de adaptarse a un nuevo medio de comunicación. Por eso la gravedad de la crisis, que no es del medio sino del oficio, o de los del oficio que trabajan en ese medio (Internet).

Tampoco es que el fenómeno sea nuevo. La aparición de la televisión dejó descentrada a la radio. Fueron años en que la radio seguía haciendo declamaciones, y la televisión radiando. El desconcierto afectaba a los dos medios; pero hoy se viven los mejores años de la historia de la radio, con una riqueza de programas y de ideas, como nunca la había tenido.

Seguramente dentro de unos años la eterna crisis del periodismo digital habrá acabado. Si es así, seguro que habrá desaparecido el adjetivo "digital", como ha desaparecido el de periodismo "radiofónico" o periodismo "televisivo". Ojalá; pero de momento el tiro va desviado, poniendo el acento en la inmediatez de Internet que, presumiblemente, obliga a los periodistas a ser rápidos, más que certeros; a difundir sin contrastar; a publicar todo porque en Internet todo cabe; a publicar cada pocos minutos, porque hay que mantener al internauta enganchado.

La inmediatez de Internet como excusa para el mal periodismo es un insulto a la misma sustancialidad de la profesión. Excusarse en la "rapidez con que se trabaja" para publicar bazofia es olvidarse del frío, escueto y longevo periodismo de agencias. No hay más inmediatez en Internet que la que hay desde hace muchas décadas en las agencias de noticias, madre de cualquier otro periodismo. Sin embargo, pese a su rapidez, las agencias son ejemplo de muchas de las virtudes que debe tener la profesión. Entre ellas, y no menor, que lo importante es lo que se comunica, no quién lo comunica.

La "rapidez con que se trabaja", excusa para el mal periodismo, es la esencia de la comunicación, algo a lo que se aspira desde el principio de la humanidad. La rapidez es consustancial al periodismo y a la comunicación. Las vías romanas se abrieron con ese fin, para la comunicación inmediata. A lo largo

de nuestra geografía se pueden contemplar cadenas de torres de vigía –precursoras de los nodos troncales de las telecomunicaciones–, para que con fuegos, o con espejos los vigilantes transmitieran la información, cuanto antes, de una punta a otra del imperio. La exigencia de la comunicación inmediata y su calidad es un insulto para gente como Filípides, o como se llamara el soldado que llevó la noticia de la victoria sobre los persas, desde Maratón a Atenas. Han pasado desde entonces 2.495 años, han mejorado las vías de transmisión, pero el objetivo sigue siendo el mismo: contar la noticia cuanto antes.

Efectivamente la información es poder; pero la buena. Las urgencias de Internet o la falta de recursos económicos no son excusas para el mal periodismo, que se extiende por Internet y por otros medios, como, por otra parte, es habitual en periodos de cambios. La solución no vendrá de la llegada de la publicidad –por cierto, funesto el creciente interés de los periodistas por las cuentas de su empresa–, ni siquiera de los mayores conocimientos tecnológicos de los profesionales. La salud de la profesión no dependerá de la banda ancha de Internet sino del ejercicio del periodismo, de la buena práctica de su razón de ser: mirar, ver y contar lo que pasa por delante, ante nosotros, cada día y en cualquier situación. La caída de Nixon y su Watergate nos inculcó una maldita obsesión por la declaración bomba, el escándalo oculto, el derribo del Gobierno o del concejal de turno. El perio-

dismo es mucho más cotidiano que todo eso. Su futuro depende de su buen ejercicio, que se puede resumir en cuatro palabras extraídas de la lección magistral de Jon Lee Anderson: "Chico, abre los ojos".

Introducción

Jon Lee Anderson estuvo cuatro días en Huesca en enero de 2005. En menos de 100 horas, intervino en el congreso de periodismo digital, impartió un taller de una jornada sobre perfiles o retratos de personas, visitó la sierra de Alcubierre, siguiendo los pasos de George Orwell en la Guerra Civil española, y encontró tiempo para probar la gastronomía oscense y para hacer algunos amigos. De alguna forma, como escribió en la dedicatoria de un libro, en muy poco tiempo, Huesca ha pasado a formar parte de su "mundo conocido" y estoy convencido de que conocerá más cosas del Alto Aragón en un futuro.

Con Jon Lee Anderson, el Congreso de Periodismo Digital, inauguró una nueva actividad, que decidimos llamar "Un día con", donde un grupo reducido de personas, alrededor de diez, pasan un día con un destacado periodista que les transmite sus experiencias. De cada uno de los talleres se debe realizar una relatoría para contar cómo se desarrolló la jornada y, sobre todo, para elaborar una documentación que resulte útil a muchos periodistas que no pueden asistir a estas reuniones con profesionales de reconocido prestigio.

Los capítulos de este libro se pueden leer de forma independiente. En tres apartados se describen, respectivamente, los diez meses de conversaciones por correo electrónico para preparar el taller, la intervención de

Anderson en el Congreso de Periodismo y un relato de cómo se desarrolló el taller. Después, las dos últimas partes están dedicadas a explicar las herramientas informáticas y de comunicaciones que utiliza Anderson y, especialmente, a cómo emplea la tecnología que tanto ha cambiado el trabajo de los periodistas en los últimos años.

Le hablé a Anderson de que pensaba publicar un librito sobre el taller que había impartido y le pedí que contribuyera con un artículo sobre su visita a la Sierra de Alcubierre. Desde su casa, en Dorset, Inglaterra, envió *De Bagdad a Huesca: entre dos campos de batalla históricos*, que el lector encontrará después de esta introducción. Se trata de una pieza de alrededor de 1.000 palabras donde reflexiona sobre la necesidad de revisar la historia mientras explica su recorrido por uno de los campos de batalla donde estuvo George Orwell en la Guerra Civil española.

En las horas que pasó en la Sierra de Alcubierre, Anderson no tomó notas. Eso sí, escuchó y preguntó mucho. A pesar de que sólo había desayunado un precipitado café, estaba muy despierto para retener, casi se podría decir para absorber, cuanta información le facilitaron.

Por alguna extraña razón, siempre me ha producido una cierta fascinación el trabajo de los periodistas. O, mejor dicho, me gusta saber qué medios utilizan para realizar su trabajo. En algunos casos, la cosa puede llegar a rozar el fetichismo. Saber qué tipo de

libreta emplea o si escribe con pluma o con bolígrafo son algunas de las cosas por las que un periodista puede tener curiosidad cuando ve cómo trabaja otro periodista. Al menos, yo la tengo.

Truman Capote, según explica su biógrafo Gerald Clarke, no tomó ni una sola nota mientras realizaba las entrevistas para *A sangre fría*, un extenso reportaje que fue publicado por entregas en la revista *The New Yorker* y, posteriormente, en forma de libro. Después de pasar todo el día intentando obtener testimonios, Capote regresaba al hotel y escribía las frases que había oído. En algún sitio he leído que se preparó durante más de un año haciendo que sus amigos le leyeran textos que él luego resumía para expresar al máximo la memoria.

En el taller de perfiles, Anderson explicó que dejó de utilizar la grabadora cuando hizo el retrato de Gabriel García Márquez. El método de Anderson es muy parecido, pues, al de Capote. La grabadora y las libretas pueden intimidar a la persona que está hablando con el periodista. Con entrenamiento y oficio es más fácil que, al no ver ningún objeto por medio, las personas que aportan sus testimonios lo hagan con más libertad, de forma más relajada, que empleen expresiones coloquiales que generarán unos diálogos más vivos. Con esos ingredientes se puede hacer un periodismo que toma las armas de la literatura para contar una historia con exactitud y veracidad, los dos principales valores del oficio.

En este libro se habla de periodismo literario y, especialmente, de un periodista norteamericano que recorre el mundo buscando historias para contar a sus lectores. Y en esa búsqueda se encuentra ahora, cuando escribo esta introducción. Desde hace un par de días, Anderson está en Afganistán pintando con palabras el retrato del presidente afgano Hamid Karzai. Un perfil que publicará *The New Yorker* antes de que esté impreso este libro.

Fernando García Mongay
Huesca, 3 de marzo de 2005



Jon Lee Anderson en la Sierra de Alcubierre.

De Bagdad a Huesca: entre dos campos de batalla históricos

Por Jon Lee Anderson

Llegué a Huesca un día claro del mes de enero de 2005, precisamente 68 años después de que Orwell estuviera combatiendo allí. Tan sólo un par de días antes, yo estaba en Bagdad.

Me sentí como una especie de viajero por el tiempo, entre dos campos de batalla de la historia. Un concepto interesante por sí mismo, pero también me hizo pensar si existiría algo, más allá de mi presencia casual, que uniera a Huesca con Bagdad.

En apariencia, la diferencia entre ambas ciudades y guerras resultaba evidente. Las consecuencias de una –la Guerra Civil española– son conocidas de todos, pero la otra guerra, la de Irak, todavía continúa, y por ello sus resultados parecían imposibles de determinar. En otras palabras, la narrativa española era estática –historia antigua–, mientras que en Irak, la historia era contemporánea, y se mantenía tan dinámica como mortífera y portentosa.

Pero la historia tiene por costumbre permanecer dormida durante largos periodos, para volver a presentarse a las nuevas generaciones al cabo del tiempo. Y la historia de lo sucedido en España, en lugares como Huesca, hace casi siete décadas, también sigue renovándose.

Eso es lo que pensaba una fría mañana mientras recorría las antiguas trincheras y cuevas del frente, en las colinas de las afueras de Huesca, visitando por primera vez el campo de batalla. Cuando nos acercábamos a un gran charco que la lluvia había formado en la cima de una de las colinas, uno de mis acompañantes me contó que las lluvias de primavera de hacía un par de años habían dejado al descubierto los restos de una mujer, probablemente una miliciana, enterrada allí en una sepultura poco profunda. Se llevaron a cabo pruebas de ADN para determinar su identidad, y quizás algún día sus descendientes lleguen a conocer la verdad sobre su muerte y puedan por fin enterrarla adecuadamente.

Mis guías eran españoles, aragoneses nativos, todos ellos aproximadamente de mi edad: tres hombres bien entrados en la cuarentena. Mi padre luchó en la II Guerra Mundial; los suyos, en el ensayo general no declarado para dicho conflicto que tuvo lugar en España, y lo hicieron en esas mismas colinas, o bien en los pueblos y ciudades de la llanura que se abría a nuestros pies. El padre de uno de ellos había combatido en el bando de los nacionales; los de los otros dos, en el de los republicanos. Esa información flotaba tácitamente en el ambiente mientras explorábamos juntos el antiguo campo de la muerte, y me di cuenta de que sólo mi presencia, como visitante neutral, hacía posible la excursión de nuestro grupo, ya que resultaban evidentes entre mis compañeros, por lo que dijeron y por lo que no dijeron, los sentimientos latentes sobre

el sangriento conflicto y sus injusticias aún por saldar. El incómodo silencio de la historia pendía sobre nosotros como un velo invisible.

Hablamos, sobre todo, de Orwell. También fue un visitante, como yo, aunque él no era neutral. Vino a España para combatir en el bando de la República, y resultó herido en la batalla de Huesca. Pero Orwell definió, para bien o para mal, la Guerra Civil española de cara al exterior en su obra *Homenaje a Cataluña*, publicado en 1938, incluso antes de finalizar el conflicto. El libro, como es sabido, se ha convertido en un ejemplo clásico de reportaje literario, de corresponsalía de guerra, y también de historia. Es un documento intemporal sobre una época y un lugar determinado, y también, en cierto modo, sobre la condición humana. Sin embargo, para mí, una de las principales razones del valor perdurable de su libro es la sinceridad demoledora de Orwell sobre lo que hizo en España y los hechos de los que fue testigo. En las últimas páginas, escribe lo siguiente:

“Esta guerra, en la que jugué un papel tan ineficaz, me ha dejado sobre todo malos recuerdos, pero sin embargo no quisiera habérmela perdido. Cuando se ha visto un desastre así —y sea cual sea su desenlace, la guerra española resultará ser, además de la carnicería y del sufrimiento físico, un desastre espantoso— el resultado no es necesariamente desilusión y cinismo. Extrañamente, la experiencia no ha agotado mi fe en la decencia de los seres humanos, sino que la ha reforzado. Y espero que mi relato no haya

sido excesivamente engañoso. En mi opinión, nadie puede ser del todo veraz sobre un asunto como éste. Es difícil estar seguro de algo si no se ha visto con los propios ojos, y consciente o inconscientemente, todos tomamos partido al escribir. Por si no lo había dicho antes en estas páginas, lo diré ahora: estén atentos a mi partidismo, a los errores que pueda haber cometido y a la distorsión producida de manera inevitable por haber visto únicamente un lado de los hechos. Y estén atentos exactamente a las mismas cosas cuando lean cualquier otro libro sobre este periodo de la guerra española”.

En Huesca, al cabo de 70 años, las palabras de Orwell resonaron profundamente en mi interior, evocando exactamente los mismos sentimientos que tuve sobre lo que trataba de hacer, como periodista, al aportar mi testimonio sobre el campo de batalla moderno de Irak. Así pues, ¿era Orwell quien me hacía relacionar Huesca con Bagdad, o más bien esta sensación de historia inacabada?

Creo que eran las dos cosas. Las palabras de Orwell advirtiéndome sobre su propia interpretación nos desafían a revisar la historia, a verla siempre como algo vivo, a buscar y determinar continuamente sus verdades y falsedades, porque, tal y como nos recuerda, nunca llegamos a conocerla del todo. El tiempo va pasando, y con él los sucesos del pasado se transmutan en memoria. Pero también pasan a formar parte de los nuevos tiempos en que vivimos, porque nada

de lo que sucede en la historia de la humanidad llega a desaparecer del todo. Incómodo o no, todos necesitamos saber la verdad de lo ocurrido antes de nuestra llegada, lo que nos hizo ser tal como somos. Ya sea en Huesca o en Bagdad, tanto ahora como en el futuro, el reto sigue siendo el mismo.

Jon Lee Anderson
Dorset, Inglaterra
Viernes, 18 de febrero de 2005



Anderson en los jardines del Palacio de Villahermosa, Huesca.

Cómo embullé a Jon Lee Anderson

El libro de estilo de *El País* dice que titular con otros títulos es un recurso fácil y reprobable. El libro considera que “aplicar a un reportaje un título de película, de obra literaria o de una canción” es una práctica que “demuestra escasa imaginación y abundante pereza mental”. Una pena. Porque reconozco que mi primera idea fue utilizar como título para este texto *El americano imposible*, una de las novelas más conocidas de Graham Greene, que es el escritor que más admira Jon Lee Anderson.

Al ver cómo se hundía mi propósito por el peso del libro de estilo, recordé el reloj con la imagen de Tintín que llevaba el periodista en la muñeca. Anderson es un tipo con una envergadura considerable. Mide alrededor de 1,90 metros y su mirada puede resultar incómoda si no se le conoce. No resulta extraño, pues, que el reloj de Tintín me pareciera un elemento desconcertante. Es más, estoy seguro de que a la hora de escribir un perfil sobre Anderson, todos los que asistimos al taller que impartió en Huesca recurriríamos al reloj como asidero narrativo y, a la vez, como elemento para suscitar la curiosidad del lector. Al fin y al cabo, de un tipo que se supone que está curtido en mil batallas y que ha vivido los conflictos más importantes que han sucedido en el mundo en los últimos años, nadie espera que lleve en la muñeca un reloj

de Tintín. Pero tampoco servía parafrasear los títulos más conocidos de las aventuras de Tintín porque también contraviene las normas del libro de estilo.

Por suerte, el tiempo suele solucionar los problemas. Al menos, los que tienen solución. Cuando estaba pensando en un buen título, recibí un mensaje de Anderson donde me decía que le estaba "embullando". En una primera lectura creí que utilizaba el término embullar para decir que lo estaba liando o algo por el estilo. El diccionario me sacó de dudas: "Animar a alguien para que tome parte en una diversión bulliciosa". Así que le respondí agradecido porque me había enseñado una palabra que no conocía. "La aprendí en Cuba, que es un sitio donde se habla un español muy rico", me explicó.

Al parecer, embullar, como "ojos de chumbeque", forma parte del vocabulario habitual de Anderson, un hombre que reconoce que cuando está fuera de casa, sobre todo en países árabes, utiliza "muchas muecas, como Chaplin".

Cuando vuelvo a consultar el libro de estilo de *El País*, leo que un buen titular de un reportaje no conviene que supere las seis palabras y "debe mostrar ingenio y a la vez transmitir información". Además, recomienda que "cuando el contenido lo permita, el título contendrá alguna dosis de humor". Como ya dispongo de un buen titular, el artículo es cosa hecha. Sólo he de explicar cómo convencí a Jon Lee Anderson para que viajara hasta Huesca a participar en el Congreso

de Periodismo Digital¹. O, dicho de otra forma, cómo le embullé para que viniera.

La primera noticia que tuve de Jon Lee Anderson fue a través de la página de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano², que preside Gabriel García Márquez. El trabajo que realiza esta fundación es conocido por la mayoría de los periodistas latinoamericanos. Por los talleres que organizan han pasado como maestros algunos de los nombres más relevantes del actual periodismo como Ryszard Kapuscinski, Tomás Eloy Martínez, Alma Guillermoprieto y Jon Lee Anderson, entre otros nombres de una lista de más de 30 periodistas.

Por lo general, los talleres de la FNPI se celebran en Cartagena de Indias. Pero, a veces, la fundación elige otros países como Argentina, Bolivia o la República Dominicana para realizar los cursos. Anderson impartió tres talleres en Cartagena de Indias. El primero, en 1999, *Perfiles: el reportaje sobre personas*. El segundo, sobre periodismo de guerra, y el tercero, titulado *Perfiles periodísticos*, en 2002. Después de leer su currículum, pensé que podía ser muy interesante que impartiera un taller de perfiles para el Congreso de Periodismo.

Decidí invitarlo. Le escribí el 9 de marzo de 2004. El mismo día, recibí su respuesta. Anderson acababa

¹ Jon Lee Anderson intervino en el VI Congreso Nacional de Periodismo Digital, que se celebró en Huesca los días 20 y 21 de enero de 2005, e impartió el taller *Un día con Jon Lee Anderson*, el 22 de enero.

² www.fnpi.org

de regresar a Bagdad. "El factor más fregado (fastidioso, en América Latina) para mí es el tiempo". En los próximos meses pensaba viajar a Afganistán, Estados Unidos, Irak, Brasil y España ("para las vacaciones de verano"). Encontrar unos cuantos días libres en la agenda de Anderson era una tarea difícil.

A través de la librería electrónica *Amazon*, conseguí un ejemplar en español de *La tumba del león*, el libro que recoge los trabajos que publicó Jon Lee Anderson sobre Afganistán en *The New Yorker*. Escribí un artículo donde explicaba la compra del libro. Y se lo mandé a Anderson.

La tecnología que nos cambia la vida³

La librería electrónica *Amazon* no deja de sorprenderme. Hacía tiempo que no compraba ningún libro a través de Internet y este mes he adquirido tres. Dos, de segunda mano, escritos por Herbert Lionel Matthews, un periodista de *The New York Times* que, en los inicios de su carrera profesional, fue corresponsal en la Guerra Civil española. Aunque los pedí el mismo día, el primero de los dos libros me llegó en una semana. El segundo tardó cuatro o cinco días más.

El tercer libro que pedí fue *La tumba del león*, de Jon Lee Anderson, periodista de *The New Yorker*. En

³ Publicado en Diario del *Alto Aragón* el día 28 de marzo de 2004.

este caso, en Amazon encontré una edición en español publicada en Argentina. Realicé el pedido el día 7 de marzo. El libro viajó en 16 días de Argentina a los almacenes de *Amazon* en Estados Unidos y de allí a España. Aunque los libros de Matthews se publicaron a principios de los años setenta y el de Anderson en 2001, los tres tienen algo en común porque hablan de cómo envían los periodistas sus crónicas al *Times* y al *New Yorker*, respectivamente.

Matthews recorrió distintos frentes en la Guerra Civil española. Para mandar sus relatos se veía obligado a realizar largos y penosos desplazamientos hasta Madrid, Barcelona o Valencia con el objetivo de enviar telegramas o hablar por teléfono con las oficinas del *Times* en París. Según cuenta, después de veinte horas de trabajo en el frente de Teruel, regresó a Valencia para escribir y enviar un largo artículo.

Anderson estuvo en Afganistán a finales de los años ochenta y regresó en 2001 para cubrir la guerra. Posiblemente, el país cambió poco en los últimos años. Pero, como explica su editora del *New Yorker*, Sharon DeLano, en el prólogo del libro, "muchas cosas habían cambiado en lo referente a la cobertura periodística. El cambio más grande era el tecnológico". Con un teléfono satélite, un ordenador portátil y un generador de electricidad, Anderson, al igual que el resto de los corresponsales de guerra, podía realizar la cobertura informativa diaria de cuanto acontecía en Afganistán. Aunque con algunos problemas, el

periodista, según cuenta su editora, podía mandar artículos de 8.000 palabras, alrededor de 12 folios de texto.

Los cambios que ha producido en los últimos años la tecnología en el trabajo de los corresponsales de guerra han sido trascendentales para conocer cuanto ha sucedido en las zonas de conflicto. Pero también lo han sido en nuestras vidas. Hace sólo diez años es muy posible que no hubiera podido comprar los libros de Matthews y Anderson. Es más, estoy convencido de que sin la ayuda de Internet ni siquiera sabría de su existencia.

El periodista estaba terminando de escribir *The fall of Bagdad*⁴. "Discúlpame la brevedad. Estoy en las últimas 48 horas del libro en un trance maratoniano".

Un mes después, en abril de 2004, Anderson volvió a Irak. El día 25, me escribió. "Un *deadline*⁵ como la horca", decía. La fecha de entrega de su último trabajo para el *New Yorker* le obsesionaba y la redacción del artículo no le había dejado ni un minuto libre. "Finalmente ayer cerré la pieza y salí. He venido a Petra a 'descompresionar' un poco y realizar la edición de mi libro que he de entregar a mi editor de Penguin el lunes". No hacía falta explicar mucho más

⁴ *La caída de Bagdad*, Penguin Pres, 2004, EE UU, que publicará en España la editorial Anagrama.

⁵ Fecha de cierre del artículo.

para llegar a la conclusión de que, por el momento, no podía pensar en una fecha para realizar el taller en España. Por si quedaba alguna duda: "Espero que lo comprendas. Si te digo una fecha ya, hay un 50% de posibilidades de que tengamos que cancelar el taller, como me he visto obligado a hacer con, por lo menos, media decena de invitaciones que he recibido este año, la más reciente, hace una semana, de la JFK School, Harvard, para intervenir en un *panel* (grupo de expertos) sobre Irak-Vietnam. Al final, intervine a través del teléfono satélite".

Había pasado dos meses "reporteando" en Irak sin ver a su familia. La vida de Anderson cambió cuando terminó la biografía del Che. Para escribirla se trasladó a Cuba, donde vivió de 1992 a 1995, con su mujer y sus tres hijos. El libro apareció publicado en 1997. Casi 800 páginas dedicadas a uno de los mitos más citados del siglo XX. Cinco años de trabajo para conseguir el reconocimiento por un trabajo minucioso de investigación que acabó siendo la biografía más completa del héroe revolucionario.

Los ecos de su obra sobre el Che llegaron a otro mito, esta vez del periodismo literario, como es la revista *The New Yorker*. Figurar en la nómina de escritores de la revista, que fundó Harold Ross en 1925, es el equivalente periodístico a jugar al fútbol en la liga de las estrellas. Con 40 años, Anderson escribió los perfiles de Pinochet, del rey Juan Carlos y del presidente Charles Taylor de Liberia. Al año siguiente, en 1999,

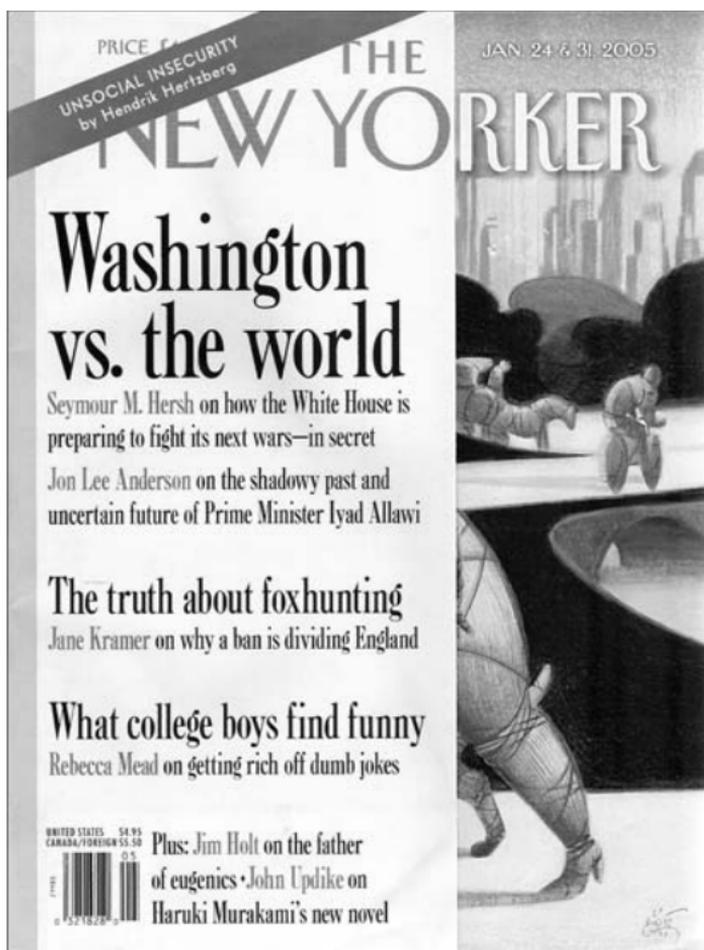
Jon Lee Anderson pasó a ser un escritor de la plantilla del *New Yorker*. Ya no sólo jugaba en primera, además se había convertido en un galáctico del periodismo.

El 25 de abril, escribí a Anderson y le dije que esperaríamos “el tiempo que sea necesario” para fijar la fecha del taller. Respondió desde Jordania una hora después de que yo le enviara el mensaje. “Gracias por comprender, Fernando. Cuando tenga alguna idea sobre las fechas, te lo diré. Ojalá sea pronto”.

Jon Lee Anderson es muy cortés. El día en que impartió su taller en Huesca, a pesar de que había hablado más de ocho horas seguidas, aceptó a la primera una invitación para cenar juntos. Nos acompañó mi esposa, quien nos llevó en su Citroën hasta un restaurante de carretera que se encuentra a 10 ó 12 kilómetros de Huesca. Después de probar la gastronomía de dos restaurantes con estrellas Michelin, quería que Jon Lee conociera también otro tipo de comida menos elaborada. En el restaurante de carretera, pedimos varios entrantes. Entre otros, unos caracoles a la brasa. Cuando los sirvieron, Anderson dijo que los había probado antes. Comió unos pocos. Dos o tres. Cuando le dije que todavía quedaban muchos en la bandeja, me respondió que no quería comer más porque los encontraba “demasiado exquisitos”.

Nuestra conversación por correo electrónico se suspendió desde el 25 de abril hasta el 26 de agosto. En los últimos días de agosto, es costumbre que el Congreso de Periodismo realice una rueda de prensa

para presentar parte del programa de la edición que se celebrará en los primeros meses del año siguiente. Le envié otro correo. Como el taller se retrasaba, le propuse realizarlo coincidiendo con las fechas del congreso. “En principio, digamos que sí para enero”, me respondió. No quería comprometerse demasiado. Quedaba claro que el trabajo ocupaba el primer lugar en su lista de preocupaciones.



El perfil de Allawi en la portada del New Yorker.

El libro *La caída de Bagdad* apareció en Estados Unidos y el periodista realizó una gira por distintos estados para promocionarlo. El 2 de noviembre, cuando regresó a Inglaterra, me escribió: "En términos generales, me parece satisfactoria tu propuesta, pero como estoy recién llegado y poniéndome al día, dame unos días para revisarlo y te doy mi respuesta definitiva".

El día 8 de diciembre, llegaron buenas noticias. ¿O no eran tan buenas? "Creo que sí puedo asistir en esas fechas. Aunque hay una posibilidad, que sería una irresponsabilidad no decírtela claramente, de que las cosas se pongan difíciles en el último momento. Como sabes, las elecciones en Irak están previstas para finales de enero. Mi plan es cerrar una pieza sobre Irak, que tengo en elaboración para la semana anterior, para el *New Yorker* que sale justamente el 17. Lo más probable es que para entonces esté ya en Bagdad, donde pienso viajar unos días después de Navidad. No hay planes de que me quede para 'cubrir' las elecciones (y nadie sabe cómo lo van a hacer porque es peligroso y promete ser peor para entonces), pero dada la volatilidad del país (incluyendo el drama de entrar y salir, que no es poca cosa) cabe la posibilidad de problemas a última hora (ejemplo: podrían cancelar vuelos, todo es posible). O sea que esa es la situación. Es un riesgo. Dime tú cómo quieres proceder".

Para cualquier organizador, la incertidumbre es una mala compañera de trabajo. En un programa donde

intervienen 40 ó 50 oradores, no resulta extraño que fallen alrededor del 10%. Eso, al menos, es lo que figura entre lo previsible en el congreso de Huesca.

Pero, en este caso, como también sucedió con Dima Khatib, periodista de la televisión qatarí Al Jazira, el problema era que no se contaba con la confirmación definitiva de la asistencia un mes antes del congreso.

¿Un mes? Así estábamos a 15 días del congreso: "Fernando, feliz 2005 y discúlpame el silencio. No recibí el anterior (mensaje), problemas de comunicación; mi sistema estuvo unos días en 'down' con líos satelitales y demás. Llegué a Bagdad hace como una semana, en medio de un gran corre-corre... Estoy trabajando como un loco tratando de terminar una pieza para la revista que cierra la próxima semana, el día 14, creo que es el viernes próximo. En teoría, podré irme después, pero todavía estoy pendiente de una conversación con los editores sobre si debo o no quedarme y hacer una próxima historia en la última quincena de enero, antes de las elecciones... Comprendo tu ansiedad natural por tenerme ahí y, si puedo, te daré una respuesta definitiva este fin de semana, pero lo más probable es que sea el lunes o el martes, cuando la pieza esté terminada y la cerremos", escribía Anderson el día 7 de enero, sólo 14 días antes de que comenzara el congreso.

El siguiente mensaje se lo envió María José del Fueyo, la responsable de protocolo del congreso.

“Como le expliqué a Fernando”, le respondió Anderson el 12 de enero, “estoy liado con una pieza en Bagdad. La cerraré mañana por la noche y entonces podré pensar. Ahora bien, si necesitas reservar un pasaje (no lo pagues todavía, hasta el viernes, cuando te lo confirme todo), lo mejor sería volar desde Amman, Jordania. ¿Cuál sería la última fecha para viajar y llegar a tiempo? El 19, ¿no?”.

Para bajar la presión sanguínea de los organizadores, Dima Khatib escribía el 13 de enero. “¿Cómo se llega a Huesca?”. La periodista de Al Jazira se encontraba en Hong-Kong. Le explicamos que era muy posible que se viera obligada a volar haciendo alguna escala. “No, a mí lo que me preocupaba era cómo se llegaba de Madrid a Huesca. El resto del viaje era cosa mía”, nos dijo posteriormente.

El 16 de enero, escribí a Anderson. No sabíamos adónde debíamos mandarle el pasaje de avión. Tampoco podíamos anunciar el taller porque no estaban cerradas las fechas de sus vuelos. El mismo día, Jon Lee Anderson me envió un correo donde decía que estaba de acuerdo en realizar el curso el 22 de enero (quedaban, por tanto, tan sólo seis días para organizarlo y para que los interesados pudieran realizar la inscripción). A María José le explicó que podía mandar los pasajes de avión al Hotel Four Seasons de Amman, habitación 701. Su artículo para el *New Yorker* estaba cerrado desde el día 14. El domingo 16 no era fácil tramitar los billetes de avión porque

la Royal Jordania estaba cerrada en España, pero Anderson, "para que vaya centrándome la cabeza", ya quería hablar del congreso y del taller.

Jon Lee Anderson llegó a Barcelona el 19 de enero de 2005. Un coche le recogió en el aeropuerto y viajó, junto con Jean François Fogel, de *Le Monde*, que venía de París, hasta Huesca. Por la noche, acompañé dando un paseo a ambos periodistas desde su hotel hasta el restaurante donde estaba prevista la cena. Anderson me explicó en el camino que había intentado conectar su ordenador a la línea ADSL del hotel. Como no lo consiguió, desplegó una antena, la misma que utilizaba en Bagdad, y enchufó su ordenador portátil al satélite.

Al día siguiente, tomando una copa en el *Café del Arte* de Huesca, Dima Khatib dijo que por los mensajes de correo electrónico creía que yo tendría alrededor de 30 años.

-“¿Qué años pensabas tú que tenía?”, preguntó a Anderson en español la periodista siria.

-“Sí, a mí también me dio la impresión de que era más joven, respondió el periodista norteamericano.

No dije nada, me sentí feliz porque ambos estaban en Huesca y bebí un largo trago de mi copa.

Una lección de periodismo

En la mesa redonda del torreón del restaurante *Lillas Pastia* de Huesca, el 19 de enero de 2005, la noche anterior al comienzo de la sexta edición del Congreso de Periodismo Digital, tuve la suerte de participar en algo así como una pequeña ONU del periodismo y cenar con Guillermo Culell y Marcelo Franco, de la edición digital de *Clarín*, Jean François Fogel, de *Le Monde*, Roberto Belo, de *BBC World Service*, Carlos Enrique Bayo, de *El Periódico de Cataluña*, Javier Martín, de *El País*, Jon Lee Anderson, de *The New Yorker*, y Dima Khatib de *Al Jazira*. La conversación discurría en el tono propio de las presentaciones hasta que se habló del juez Garzón. La mayoría de los periodistas que asistían a la cena, especialmente los extranjeros, mostraron su admiración por el trabajo de Garzón. Anderson era el único que había hablado en persona con el juez de la Audiencia Nacional.

En 1998, Jon Lee Anderson publicó en *The New Yorker* un perfil sobre Pinochet. El dictador chileno viajó a Londres para pasar una revisión médica. Al parecer, si no entraba en el quirófano, Pinochet corría el peligro de convertirse en un discapacitado permanente. Anderson se entrevistó por última vez con el militar en los salones de un elegante hotel londinense. Quería averiguar si su "corazonada era buena".

Pensaba que Pinochet estaba negociando para que cesaran las investigaciones de abusos sobre derechos humanos durante su régimen. "Le pregunté insistentemente sobre esto y al principio intentó eludir el asunto. Pero insistí. Finalmente explotó y, con voz irascible que fue elevando mientras hablaba, me confirmó que lo que él quería era un *final* para todas esas investigaciones sobre derechos humanos. Gritó: ¡A terminar con los casos!" decía Anderson en un artículo⁶ donde explicaba sus encuentros con el dictador.

El 16 de octubre de 1998, cuatro días después de que apareciera el artículo de Jon Lee Anderson, el juez Baltasar Garzón dictó un auto de prisión contra el general Augusto Pinochet. El 18, Garzón firmó "las correspondientes órdenes de búsqueda y captura internacionales para proceder a su detención a efectos de extradición".

En el restaurante oscense, el nombre de Baltasar Garzón había aparecido en la conversación cuando Dima Khatib explicó que acababa de hablar con la esposa de Taysir Alouni, el corresponsal de Al Jazira en España, que fue encarcelado por el juez de la Audiencia Nacional por su presunta relación con el grupo terrorista *Al Qaeda*. La periodista aseguró que Alouni estaba enfermo y que no dejaban que le viera un médico en la cárcel. En ese punto, Anderson olvidó

⁶ *El País*, 26 de enero de 2005

la presencia del resto de los periodistas y comenzó a preguntar a Khatib sobre las relaciones de Alouni con *Al Qaeda*. Quería conocer los detalles y para saber más no le importó preguntar y volver a preguntar. Pasados unos minutos, Anderson se dio por satisfecho y dejó de asaelear a la periodista de la televisión qatarí. En el segundo plato, mientras los demás comíamos, Anderson se había puesto a trabajar.

Al día siguiente, intervino en el Congreso de Periodismo Digital. En el coloquio, uno de los asistentes le preguntó por el coste económico de hacer el periodismo que él practica "Este periodismo", respondió Anderson, "se puede hacer sin dinero. Es cuestión de tener claro el concepto. Ahora, el *New Yorker* me respalda con sus medios, pero también he viajado por el mundo muerto de hambre". Mientras la mayoría de los presentes en la sala del Congreso de Periodismo estaba acostumbrada al "fast press", el periodismo de Jon Lee Anderson puede estar más cerca del "slow press", como de forma certera escribió Javier Martín en la crónica del congreso que realizó para *Ciberpaís*. Anderson elabora sus artículos y perfiles a fuego lento. No obstante, el último que realizó antes de viajar a Huesca fue más rápido de lo acostumbrado. Antes de Navidad se entrevistó con Iyad Allawi, el presidente provisional de Irak. El día 14 de enero cerró el retrato. Menos de un mes para escribir casi 12.000 palabras que el *New Yorker* publicó en la revista de la semana del 24 al 31 de enero de 2005.

En su intervención en el congreso, Anderson mostró un dominio de la escena envidiable. Habló durante 35 minutos, gesticulando mucho, especialmente con la mano derecha, y dejándose ir en largas descripciones, improvisadas, que encontraban el final cuando miraba el breve guión, sólo unas palabras anotadas, que le devolvía a una intervención que había sido pensada en varias escenas, la misma técnica que emplea para contar las historias en el *New Yorker*.

"El *New Yorker* es el que me ha permitido saber qué tipo de periodista y escritor soy. Me ha dado una fórmula para canalizarlo, para adquirir experiencia y escuela", reconoció Anderson en los primeros minutos de su intervención. Trabajar para el *New Yorker* es distinto a hacerlo en publicaciones donde los periodistas se ven obligados a firmar todas las semanas. Anderson escribe 5 ó 6 piezas al año. "Algunos sólo escriben dos", dijo bromeando. Ya no trabaja "a la pieza". Cada año negocia su contrato. La revista quiere que escriba más por el mismo dinero y él debe intentar que no sea así. Es, pues, escritor de plantilla de *The New Yorker*. Aunque en su tarjeta no lo especifica, se puede decir que Anderson es corresponsal en el extranjero de una publicación que presume de vigilar "la calidad de la palabra escrita". Para hacerlo, cuenta con un equipo de ocho editores.

En los últimos años, ha escrito desde Irak o Afganistán, "unos lugares un poco conflictivos". En

Nueva York, la editora Sharon Delano seguía sus movimientos. Cuando estuvo en Afganistán, la editora compró mapas y leyó libros porque quería estar al tanto de lo que pasaba. Anderson lo explicó con una metáfora donde la editora ejerce el papel de un capitán del ejército que vive la situación desde el puesto de mando y el periodista se convierte en un soldado que se mueve de un sitio a otro. Internet y el teléfono satélite permiten la comunicación diaria. "A veces estoy en sitios aislados y no tengo noticias de lo que está pasando. A través de las conversaciones me hago una idea".

En el poco tiempo de que disponía para su charla en el congreso, Anderson se vio obligado a resumir su método para realizar perfiles literarios y periodísticos de personas que, por lo general, tienen poder. Porque a Anderson le interesan los poderosos y la forma en que estos ejercen su poder. "Escribo en escenas". Luego, para unirlos, es necesario un "pegamento" que sirve para poner al lector en el contexto. ¿Eso es todo? No, antes de escribir, necesita acompañar y observar a quien va a retratar. Quiere saber cómo ejerce el poder y esa información no se obtiene preguntando sino observando, viendo con sus ojos cómo actúa el personaje sobre el que quiere escribir.

"Si algo se vuelve cotidiano, comenzamos a olvidar los detalles". Los detalles son muy importantes. Roald Dahl recomendaba a los aspirantes a escritores que no se limitaran a decir que el personaje se ataba los zapatos. Lo que realmente importa es la descripción

de cómo se realiza la lazada, algo que la mayoría de los periodistas, limitados por el espacio y el tiempo, no se pueden permitir.

Anderson lleva un cuaderno en los viajes. "Me he dado cuenta de que las notas que tomo en los primeros días son las mejores". Reconoce que su meta es buscar la realidad. Pero siempre es necesario el ingenio para encontrar una "mirada nueva para que la gente diga: ¡Vaya, no sabía eso!". En la búsqueda de un enfoque distinto es donde más puede ayudar el editor. Cree que no se debe establecer una "competencia de egos" entre editor y periodista. "Tu nombre es el que va a aparecer en la revista firmando el artículo. La misión de un buen editor es sacar lo mejor de ti, hacer que te cuestiones hasta tus propias ideas". Ese es el método que se resume en dos pasos. En el primero trata de encontrar escenas que contar que muestren la realidad. En el segundo, busca "nuevas formas de mirar. El periodista debe realizar las descripciones de la manera más original".

Para ilustrarlo con un ejemplo, Anderson relató cómo había realizado el perfil de Iyad Allawi. "Es un hombre muy escurridizo. No en vano, ha trabajado en el servicio secreto. Lleva seis meses haciendo de chofer, con los americanos en el asiento de atrás. Me encontré con él antes de Navidad en Jordania, antes de que viajara a Londres donde viven su mujer y sus hijos. Entonces mantuvimos la primera conversación. Pasada la Navidad, le pillé de nuevo en Amman y logré

mantener otro encuentro. Le seguí a Bagdad y tuve algunas charlas más. Pero tres o cuatro entrevistas con Allawi no son suficientes para contar la verdad sobre Allawi, porque es un hombre que está acostumbrado a vivir en la sombra y sabe manejar una conversación. Hablé con parientes, amigos y enemigos. En el último encuentro me di cuenta de que se sentía cómodo con el poder. Por su lenguaje corporal, por cómo se comportaba conmigo y cómo con el público, me percaté de que le gustaba tener el poder. Por fin había encontrado algo que, si preguntaba bien, podría ayudarme a sacar información de su interior. Le pregunté y funcionó: cree en el poder de mano dura, el poder autoritario. La respuesta le salió del alma y me explicó porqué tenían que matar a los terroristas y que su cruzada era reconstruir el que antes era el fuerte ejército iraquí. Este descubrimiento iluminó la pieza”.

Pero no sólo los episodios centrales sirven para “pintorear” un perfil. A veces es más útil una historia que “ilumina de forma natural”. En una de las ocasiones en que Anderson esperaba a Allawi para conversar con él, observó que Sheik Suleiman, un jeque que colaboraba con Allawi, le entregaba a uno de sus hombres su teléfono móvil para que le mirara los mensajes SMS porque él no sabía hacerlo. Uno de los mensajes, que el ayudante se vio obligado a leer en repetidas ocasiones, era una amenaza de muerte. Si Suleiman no rompía con Allawi en las próximas cuarenta y ocho horas sería asesinado. El mensaje explicaba que un equipo de

asesinos había sido enviado a Jordania para realizar la sentencia si no obedecía. Lo curioso es que, como el jeque no sabía cómo acceder a los mensajes del teléfono móvil, la amenaza había sido enviada diez días antes de que el ayudante de Suleiman la leyera. Por tanto, el plazo había pasado. Pero el hombre estaba asustado, muy asustado. "Estaba con los ojos de chumbeque", explicó Anderson. Comenzaron a realizar llamadas telefónicas que hicieron deducir al periodista que intentaban hablar con el servicio de inteligencia jordano. Entonces fue cuando volvió Allawi. Suleiman le explicó lo que había sucedido. Allawi miró el papel donde estaba la transcripción del mensaje, asintió un par de veces con la cabeza, miró a Anderson y le dijo: "¿Hablamos?", y los dos hombres salieron de la estancia.

Anderson cree que allí hay una buena historia. "Le amenazan de muerte por su alianza con Allawi. Eso ayuda a poner al lector en el terreno porque ése es el coste de ser un aliado de la CIA. Además, es una anécdota pintoresca y muy de hoy en día, recibir una amenaza de muerte a través de un mensaje de teléfono móvil. Funcionó muy bien para hacer este reportaje".



Anderson en el taller de perfiles.

El periodista en el aula

"El Congreso Nacional de Periodismo organiza *Un día con Jon Lee Anderson* el próximo día 22 de enero en el Centro Cultural de Ibercaja del Palacio de Villahermosa de Huesca, en horario de 10 a 19 horas. En la jornada, el periodista explicará su método para la realización de perfiles (*reportajes de personas*)". Nota de prensa que anunciaba el taller.

Antes de comenzar, Jon Lee Anderson deja un par de libretas en la mesa y, encima, el teléfono móvil. Al lado, perfectamente alineados, dos bolígrafos. Abre una carpeta y, cuando todo está ordenado, empieza a hablar y explica que él es "un corresponsal en el extranjero del *New Yorker*", pero que no se trata de una corresponsalía demasiado formal. Luego, como para coger carrerilla, repite algunas cosas que dijo en el Congreso de Periodismo:

- "Mi editora es una obsesa. Compró mapas para saber dónde estaba yo".
- "Ella pone el pegamento para unir la historia".
- "Si algo se vuelve cotidiano, nos olvidamos de los detalles".
- "Mis anotaciones de los primeros días son las mejores".
- "Mi ojo es subjetivo".

- Vuelve a hablar de su editora. “Es una de las mejores relaciones siempre que se trate de un editor que comprende su papel”.
- “Recopilas la información y luego sale tu nombre en la revista”.
- “Sin escenas no hay artículo”.
- “Las escenas iluminan la pieza”.
- “Si logras encontrar algo de humor para incluir en el perfil, eleva la pieza”.
- “Uno sabe qué es un perfil cuando lo lee”.

Las doce personas que están alrededor de Anderson han acudido al taller para escuchar a un periodista que acaba de regresar de Irak. Pocos días antes, en una casa de Bagdad, dejaba cerrado y listo para la imprenta su último trabajo, *A man of the shadows*⁷, el perfil de Iyad Allawi.

“Un perfil es un retrato en palabras de la persona y de su tiempo. La persona no existe sin el tiempo en el que vive”, sentencia Anderson. Su método consiste en realizar múltiples sesiones con el “perfilado”, mantener conversaciones con los que le rodean, entender su obra, sin olvidar que lo que dice no siempre es lo más importante. “La escena sí es importante”, matiza Anderson. Luego, añade: “Hay que abrir todos los sentidos para hacer un perfil”.

⁷ www.newyorker.com/fact/content/?050124fa_fact1

Cuando escribió el retrato del rey Juan Carlos I, Anderson habló con amigos y miembros de la familia real española. También le permitieron que pasara algún tiempo como observador en el palacio de La Zarzuela. "Cuando escribí el primer borrador, faltaba algo. Hablé con la editora (del *New Yorker*) y llegué a la conclusión de que lo que me faltaba era el conocimiento psicológico de cómo es la monarquía. No hay que olvidar que soy norteamericano y que Estados Unidos es una república. Visité a un noble catalán en su finca. Quería conocer su 'psique'. Almorzamos juntos y encontré lo que necesitaba: el concepto monárquico, que para mí era nuevo, de sucesión por herencia. Me lo explicó mientras veíamos sus campos a través de la ventana. Era lo que necesitaba para conocer su forma de ver el mundo".

Anderson reconoce que "la estructura no es mi fuerte". Cuando escribió la biografía del Che, llegó a abrir 24 hilos conductores distintos. Para los perfiles, en más de una ocasión, ha encontrado en su editora del *New Yorker* la ayuda que necesitaba para que la narración no perdiera la coherencia. Siente que tiene una tendencia a buscar personajes que, para bien o para mal, tengan algo mitológico como lo que poseía el Che. "No soy músico, pero escribir un perfil es como escribir una sinfonía".

Para el perfil de Gabriel García Márquez, Anderson invirtió siete meses. "Gabo quería mantener el control. Después de cuatro sesiones, nada de lo que me había dicho resultaba muy interesante". Anderson publicó

El perfil de un fabulista, en el número 75 de la revista de cultura *Lateral*, de marzo de 2001. Comenzaba el artículo explicando lo importante que es para el escritor conocer la verdad, su verdad, cuando se realiza el retrato periodístico de otra persona. "Cuando comienzo uno de mis perfiles, generalmente me preocupo menos por cómo reflejarlos en última instancia que por descubrir su verdad. Es, de alguna manera, una labor detectivesca. La escritura sólo surge una vez que he adquirido una comprensión intuitiva acerca de quiénes son realmente mis personajes, o de quiénes creen ellos ser".

El perfil de Gabo se titula *El poder de García Márquez*. El periodista intentó conocer las respuestas a algunas preguntas. ¿De qué tipo es el poder de García Márquez? ¿Qué es lo que busca en el poder? ¿Por qué no lo ejerce directamente? "Como es lógico, García Márquez niega estar obsesionado con el poder", explica Anderson. "No es mi fascinación por el poder", le dijo Gabo a Anderson. "Es la fascinación de los poderosos conmigo. Son ellos quienes me buscan y confían en mí". Pero otros testimonios que recoge el periodista son distintos. Anderson no se conforma con lo que le ha contado y busca otras versiones para delimitar la forma en que García Márquez se relaciona con los poderosos y cómo emplea su poder. "Le gusta estar próximo al poder", le dijo el ex presidente de Colombia Belisario Betancur, "pero no poseerlo él mismo". Más gráfico fue el testimonio de un amigo:

“Gabo adora a los presidentes. A mi esposa le encanta tomarle el pelo y decirle que hasta un viceministro se la pone dura”.

“Al final, Gabo me ayudó a obtener la narrativa dramática que necesitaba para escribir su perfil. Entendí mi particular interés en su eterna fascinación con el poder político y en su rol como diplomático y emisario secreto entre varios grupos guerrilleros y los gobiernos de Colombia, Cuba y otros países. Aunque me ocultó varias cosas (a menudo protestaba en broma ante mis preguntas: ‘¡Tengo que dejar algo para mis memorias!’), Gabo me permitió entrever aspectos valiosos acerca de este lado de su personalidad”, decía Anderson en el artículo de la revista Lateral.

“Estaba nervioso y con la boca abierta. ¡Coño, era Gabo!”. En la primera entrevista con García Márquez el escritor colombiano le enseñó a liberarse de la grabadora. “Yo pensaba que íbamos a hablar entre amigos”, le dijo Gabo. En una conversación entre amigos no se toman notas.

“Si Gabo había dejado de utilizar la grabadora, yo no podía ser menos”. A partir de entonces, sólo la emplea cuando se trata de jefes de Estado. “Cuando escribes inmediatamente después se puede reconstruir casi todo de memoria”. Por lo general, el periodista que utiliza casetes de cinta o grabadoras digitales para realizar su trabajo se ve obligado a dividir su atención entre el aparato y la conversación que

mantiene. Una de las mejores anécdotas sobre grabaciones de entrevistas que he oído, me la contó el periodista Manu Leguineche en su casa de Brihuega. En los años setenta, Leguineche se hizo pasar por profesor para conseguir una entrevista en exclusiva con el general Perón. "Empleé dos casetes, pero cuando llegué al taxi, comprobé que ninguno de los dos había grabado nada y no me quedó más remedio que reproducir la entrevista de memoria. Nada sustituye a la capacidad que tú tengas para tomar notas en directo y, además, evita transcribir tediosos discursos".

Otro de los problemas a los que se puede enfrentar el periodista es a la cantidad de información de la que dispone. El exceso puede ser peor que el defecto. En más de una ocasión contar con mucho material puede llegar a paralizar las manos cuando se ponen en el teclado. Muchos y muchas fuentes hacen que se abran varios caminos narrativos, que pueden llegar a producir un bloqueo del que sólo se sale con la ayuda de un tercero, que realice las funciones de editor y desenrede la maraña.

Poner el punto final tampoco resulta una tarea fácil. ¿Cuándo se tiene bastante? Anderson explica en el artículo de *Lateral* como concluyó su retrato de Gabriel García Márquez: "Cerca de un mes más tarde, cuando Gabo había sucumbido a su enfermedad y estaba recluso y recibiendo tratamiento médico, regresé a Colombia. Nos vimos un par de veces. Durante

uno de esos encuentros, yo intentaba agujonear a Gabo para conseguir que me revelara algo más acerca de sí mismo. Me miró sonriendo y, en un tono de reproche amigable o paternal, me dijo: 'Pero si ya tienes la historia, ¿todavía no te das cuenta?'".

En 1998, Anderson todavía no era un escritor de plantilla del *New Yorker*. Escribía una media de 5 perfiles al año, alrededor de 50.000 palabras que le bastaban para vivir holgadamente. Al escribir el retrato del general Pinochet se percató de que no hay que dar nada por sentado. Cuando empezó, localizó el número de teléfono de la hija de Pinochet en la guía telefónica. ¿Quién podía pensar que fuera tan fácil hablar con ella? Consiguió cenar en casa de un hijo del dictador y acompañar a la hija por las calles de Santiago de Chile en un utilitario que alquiló.

Cuando conoció al dictador se sintió decepcionado. Parecía que era más mayor y como si hubiera empequeñecido. "Pero tan solo fue una impresión inicial", porque al preguntarle por "las críticas de los métodos que usó para gobernar", Pinochet cambió de actitud: "soltó una risita áspera y, entonces, su expresión se tornó seria, y habló con calma mientras elegía sus palabras"⁸. Cuando salió de la entrevista, Anderson sacó la conclusión de que acababa de hablar con un "hombre muy astuto que intentaba usar toda la influencia

⁸ *Mis encuentros con el dictador*, artículo de Jon Lee Anderson publicado en *El País* el día 19 de octubre de 1998.

política que le quedaba para protegerse de cualquier castigo por lo cometido en el pasado. Sentí que *la reconciliación nacional*, una frase que el ex general usa frecuentemente, era, de hecho, una palabra para designar algún tipo de acuerdo o inmunidad política que él esperaba alcanzar”.

Anderson, que siempre está interesado por cómo ejercen el poder los poderosos, encontró en Pinochet a un hombre que “piensa en la muerte en todo momento”, pero que ejerció su poder “más allá de la moral”. El grito de Pinochet, solicitando que se terminaran todas las reclamaciones, fue “la parte violín que necesitaba la pieza”. A los asistentes al taller, Anderson les contó que Pinochet era coleccionista de objetos relacionados con Napoleón y con los césares romanos. Incluso llegó a decir que reconocía que “en persona, Pinochet me cayó bien”, pero a la hora de reflejar al dictador de Chile no fue tan benévolo.

En los últimos treinta meses, Anderson sólo ha escrito sobre Irak, a excepción de un reportaje que realizó en África, en la pequeña isla de Sao Tomé y Príncipe. En 2004, publicó *La caída de Bagdad*, un libro que Anagrama traducirá este año en España. A raíz de los últimos conflictos, jóvenes periodistas han escrito libros donde, empleando la primera persona, cuentan cómo vivieron la guerra de Irak o la de Afganistán. Jon Lee Anderson, como la mayoría de los periodistas de la vieja escuela, no emplea la primera persona más que para situar alguna escena,

para reforzarla o porque no hay más remedio. Pero no parece que quiera entrar en el tenebroso juego de esa nueva moda que lanza al estrellato periodístico a los periodistas que informan desde las guerras.

Escribe en la pizarra, con excelente caligrafía, los seis pasos para realizar un perfil:

- Concepción – meta
- Reportero
- Elaboración
- Edición
- Verificación de datos
- Cierre

Para escribir, aunque pasa más tiempo en hoteles y aviones, Anderson prefiere su casa. “Me sentaré en mi mundo y lo escribiré”, dice. Luego añade: “Para escribir, necesito algo así como un trance”. La presión de la fecha de entrega siempre sirve de ayuda, pero el periodista está convencido de que “si uno puede lograr lo ideal, lo logra”. Y eso es lo que intenta cada vez.

El famoso departamento de verificación de datos del *New Yorker* puede ser como una ladilla. En caso de duda, le piden que envíe sus notas por fax. “Pero en Bagdad, en plena guerra, no se encontraba un fax en funcionamiento”, se disculpa con una sonrisa que busca la complicidad de los periodistas que asisten al taller. “Entre otras cosas, el trabajo de los verificadores consiste en llamar a toda la gente que se cita

como fuente en los reportajes. A veces, el problema puede venir por el nombre de una flor. "Me gustan las flores, pero no conozco los nombres". En un reportaje sobre Afganistán, habló de las petunias rojas que crecían en un jardín. Una de las personas que trabaja en la verificación de datos llamó al director del Jardín Botánico de Nueva York para preguntarle. El director le dijo que esa variedad de petunias no podía existir en Asia Central. Anderson no tuvo más remedio que escribir que se trataba de flores rojas.

Y continuó hablando durante un par de horas más. Sin prisa, como si los que le rodeábamos en el aula fuéramos lo que más le importaba. Al fin y al cabo estaba hablando de lo que más le gusta: emplear la literatura para hacer periodismo.



El equipo de Anderson.

El "genio de los ordenadores"

¿Qué es lo más necesario para un corresponsal de guerra a principios del siglo XXI? Dinero. Y en efectivo. Traductores, chóferes, comida, alojamiento, información... Todo se compra en dólares. Las cosas ya no son como a comienzos del siglo XX, cuando John Reed siguió al ejército de Pancho Villa en la revolución mexicana. En una ocasión, Reed preguntó cuánto les debía pagar a un par de mujeres que le habían preparado unas tortillas y café. "Lo que usted quiera", contestó la más joven con cara de asombro. Reed les entregó un peso. La mujer más mayor "estalló en una tormenta de oraciones" para agradecer la generosidad del periodista.

La siguiente necesidad del reportero de guerra es la electricidad. Sin ella no puede cargar la batería del ordenador portátil con el que escribe sus crónicas. Tampoco puede alimentar la batería del teléfono satélite que emplea para dictarlas. No resulta extraño, pues, que Jon Lee Anderson, que cubrió la guerra de Afganistán para *The New Yorker*, enviara un mensaje de correo electrónico a su editora Sharon DeLano el día 1 de diciembre de 2001, donde le decía que a su llegada a Kabul, había conseguido una habitación, que compartía con tres periodistas más, en el hotel Spinghar. Uno de ellos era un fotógrafo. "Apesta, pero tiene electricidad", decía resignado el periodista.

Jon Lee Anderson nació en 1957 en California, Estados Unidos. En 1979, comenzó a trabajar como reportero para el *Lima Times* de Perú. Curtido en toda clase de conflictos bélicos y políticos, ha trabajado para *Time*, *Harpers*, *Life*, *The Nation*, *The New York Times*, *The Washington Post*, *The Guardian* y *The Sunday Times*. En 1997, publicó una biografía sobre el Che. Actualmente, como se ha dicho, escribe en *The New Yorker*.

A diferencia de otros medios, los periodistas del *New Yorker* están acostumbrados a trabajar con editores. "Los editores, si saben hacer su trabajo, son buenos orientadores y no buscan protagonismo. Yo siento un gran respaldo de Sharon Delano, mi editora. Cuando hago reportajes en otro país, me mantengo siempre en contacto con ella porque alimenta mis ideas. Hay conflictos, por supuesto, casi siempre a la hora de la edición. Sharon conoce muy bien su trabajo y es discreta. Por lo regular yo escribo muy largo, con la intención de contextualizarla", explicaba Anderson en una entrevista tras dirigir un taller para la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano⁹, que preside Gabriel García Márquez.

Fruto de la colaboración de Anderson con su editora, el periodista publicó *La tumba del león*, un libro que refleja su trabajo en Afganistán. Además, el libro incluye algunas decenas de mensajes de correo electrónico que Anderson envió a DeLano. El periodista estuvo en Afganistán¹⁰ a finales de los años ochenta y regresó en 2001 para cubrir la guerra. En el prólogo del libro, la

editora explica que en poco más de diez años “muchas cosas habían cambiado en lo referente a la cobertura periodística. El cambio más grande era el tecnológico”. Y no le falta razón. A pesar de las penurias tecnológicas que, según relata en los mensajes de correo que aparecen en el libro, se vio obligado a soportar, Anderson disponía de un teléfono satélite, un ordenador portátil y un generador de luz que adquirió en un negocio de artículos agrícolas vecino al nuevo hogar en la campiña inglesa”. Con la ayuda de ese equipo, el periodista mantuvo el contacto con su editora. En ocasiones, le servía para pedir más dinero para gastos. En otras, para comentar el enfoque que debía dar a su trabajo. “El grueso de nuestras comunicaciones fueron mantenidas vía correo electrónico; de ese modo enviaba sus reportajes y también discutíamos los pasos a seguir”, comenta DeLano en el prólogo. Gracias a que Anderson publicó en el libro los mensajes que envió a su editora, podemos conocer la cocina de la escritura de un corresponsal de guerra. No se trata de unas memorias o de un diario. Lo que aportan los textos de los mensajes es el trabajo cotidiano de un periodista en una zona de conflicto, donde una de las cosas que más le preocupan es que funcione su teléfono.

⁹ www.fnpi.org

¹⁰ Los artículos sobre Afganistán de Jon Lee Anderson se pueden consultar en inglés en el archivo de *The New Yorker* en Internet (www.newyorker.com), en el apartado dedicado al 11 de septiembre de 2001.

La correspondencia electrónica entre el periodista y su editora comienza el 11 de septiembre de 2001. Anderson, que entonces vivía en Granada, estaba a punto de viajar a Sri Lanka para realizar un reportaje. "Sharon, supongo que aún no has llegado a la redacción. Espero que todos en el *New Yorker* estén bien. Debo decir que Sri Lanka parece muy pequeño, distante y completamente irrelevante. Siento que debería dirigirme a Afganistán, que, estoy seguro, será aplastado en cuestión de días. ¿La revista planea algún tipo de cobertura especial? ¿Puedo ayudar en algo?". El excelente olfato periodístico de Anderson, como se comprobaría más tarde, había funcionado. Escribía el mensaje el mismo día en que unos aviones habían producido tales daños a las Torres Gemelas que se habían derrumbado causando miles de muertes. Jon Lee Anderson ya estaba en Afganistán el día 7 de octubre, cuando fuerzas estadounidenses y británicas comenzaron a bombardear objetivos estratégicos afganos.

En primer lugar, trató conseguir un vuelo y el visado para entrar en el país. "Si la mierda llega al techo, por supuesto, no se necesitará visa alguna", escribió Anderson. El 15 de septiembre, el periodista estaba en Inglaterra. Al día siguiente, encontró un lugar en Londres donde vendían teléfonos satélites. "Cabén en la palma de la mano. 1.400 libras, incluidos los impuestos, y un coste de cuatro libras el minuto. ¿Podemos gastar eso?". Anderson gestionó su

visado y voló a Alemania donde buscó un pasaje de avión para Tayikistán, un país fronterizo con el norte de Afganistán que era el último reducto de los que se oponían a los talibanes. "Estoy en Berlín", escribió a su editora. "Estoy en Munich", le dijo el mismo día en otro mensaje. El 26 de septiembre, llegó a territorio afgano desde Tayikistan en un destartalado avión ruso Yak operado por los insurgentes afganos. El día 7 de octubre, en Dasht-i-Qala, "un poblado en el norte afgano", se reunió con Thomas Dworzak, el fotógrafo alemán que le había asignado el *New Yorker*. Por la noche, Dworzak se quedó hasta tarde para enviar las fotos con la ayuda del teléfono satélite. "Transmitirlas requiere alrededor de 45 minutos y mi sistema no mantendrá la señal por tanto tiempo", se quejaba Anderson. Tres días después tuvo problemas para que dos mensajes que estaban en su buzón llegaran hasta el ordenador. "Presumo que uno es tuyo, el esquema para el artículo. Seguiré intentándolo". El 12 de octubre, desde lo alto de una montaña, Anderson envió "material nuevo". Con ese material cerraba *El señor de la guerra*, un artículo de alrededor de 6.500 palabras, que el *New Yorker* publicó el 22 de octubre de 2001.

El 5 de noviembre, el *New Yorker* publicó *En la corte del aspirante*, el siguiente artículo que el periodista envió desde Afganistán. Anderson recopiló la información y escribió más de 7.000 palabras, casi veinte folios de texto, en menos de 12 días. Para un periodista, veinte folios son casi un libro. Para un reportero del *New*

Yorker, no. "Una tarde, caminando por el atestado mercado de Faizabad, una ciudad de calles enlodadas que ronda los cien mil habitantes en el remoto ángulo nororiental de Afganistán, me topé con un puesto en el que se vendían armas", dice en el comienzo del artículo.

Anderson cuenta lo que ve, lo que le pasa, transcribe las conversaciones que mantiene. No le importa narrar en primera persona, pero nunca aparece como protagonista. No da nada por sobrentendido. El lector no tiene por qué saber quién es un *mujaidín*, "que es el término usual con el que se designa a los guerreros musulmanes que participaron en la Jihad contra los soviéticos en los ochenta y que ahora pelean con los talibanes", explica a sus lectores. Los detalles son importantes. Anderson los emplea como recurso para contarle al lector lo que piensa, por ejemplo, cuando encuentra algo que le llama la atención. "En un muro junto a la carretera principal que va a Faizabad hay un enorme graffiti que dice, en inglés: "La producción, venta y consumo de opio están terminantemente prohibidos por el Islam". Una inscripción similar está pintada sobre un ruinoso edificio del aeropuerto. Uno no puede evitar pensar que se trata de un eslogan estilo Potemkin diseñado para agrandar a los empleados de la ONU y de las organizaciones de ayuda humanitaria occidentales que entran y salen de la ciudad".

Para hablar con su editora y enviar los textos que almacenaba en el ordenador, Anderson empleaba un teléfono satélite Iridium, que es pequeño, pesa poco

y es relativamente barato. Pero no podía utilizarlo en todos los sitios porque no siempre tenía cobertura. Para hablar o para conectar el ordenador, se veía obligado a salir a la intemperie. Julius Strauss, del *Daily Telegraph*, utilizaba un teléfono Inmarsat, más grande, incómodo y caro, pero el periodista inglés no necesitaba salir para usarlo y siempre tenía señal. Strauss les prestó el teléfono a Anderson y a Dworzak para que enviaran las fotografías. De regreso a Dushanbe, en el hotel, Anderson encontró una sala de ordenadores. El periodista aprovechó para mirar su correo electrónico. En el buzón le esperaba un mensaje con los archivos que contenían las pruebas de su artículo. Cuando intentó abrirlos, los documentos aparecían con caracteres cirílicos. Como no podía utilizar su teléfono satélite, le pidió a la editora que le enviara el texto en el propio mensaje, sin emplear archivos adjuntos. Poco después, recibió el mensaje y lo pasó a un disquete. "Me voy a leerlo a la habitación, donde tengo el teléfono a mano para hablarte. Te llamaré en media hora. Perdón por la lata", respondió Anderson.

Los problemas con las comunicaciones eran de tal calibre que Anderson decidió regresar a Londres para comprar un nuevo teléfono. Por el Inmarsat le pidieron 2.500 dólares. También compró un nuevo ordenador portátil. Se trataba de un Panasonic Toughbook. La batería permitía una autonomía de entre tres y cinco horas y media. "Y una cubierta sensacional (a prueba de balas)". Los Toughbook son ordenadores pesados,

3,6 kilogramos, pero tanto en la guerra de Afganistán como en la de Irak se convirtieron en máquinas muy apreciadas por los periodistas. Se puede considerar que este portátil es un 'todoterreno'. Permite trabajar a temperaturas extremas, hasta 20 grados bajo cero, resiste a los líquidos, al polvo y al agua y soporta caídas de hasta 90 centímetros. El mayor inconveniente es el precio. En 2004, el último modelo se comercializaba por 4.400 euros.

Cuando Anderson recibió su portátil, le surgió otra contrariedad: la máquina no incluía el lector de CD y "sin eso no puedes configurar los teléfonos satélite". Cinco días después de su llegada a Inglaterra, Anderson mandó el primer mensaje al *New Yorker* con el nuevo ordenador, pero no lo podía conectar al teléfono satélite porque no le habían facilitado el software necesario. En Londres recurrió al "genio de los ordenadores". Con su ayuda, logró configurar el ordenador para que funcionara con el teléfono. Al regresar a Afganistán, Anderson mandó el primer mensaje de correo electrónico desde el Panasonic conectado al teléfono Inmarsat. "¡Funciona!", escribió alborozado.

La alegría duró poco. Seis días después, el 19 de noviembre de 2001, Anderson le comentó a su editora: "Basta decir que el señor "genio de los ordenadores" de Londres nos jodió de lo lindo. El sistema ahora funciona, pero sólo porque Thomas (Dworzak, el fotógrafo que le acompañaba) se las arregló para reconfi-

gurarlos. Estoy pensando en mandar un escuadrón de la muerte a casa del "señor genio".

La diferencia entre el teléfono Iridium y el Inmarsat se dejaba notar. El día 22, en Taloqan, le dispararon a un periodista que se hallaba fuera del hotel hablando con su Iridium. El 26 de noviembre, Anderson vio la caída de Kunduz. Por la noche, escribió. Pero estaba tan cansado que el texto se perdió en el ordenador "No tuve fuerzas para reconstruir lo escrito. Lo rehaceré. Duermo apenas una hora y media sin interrupción, pero la adrenalina lo compensa". Al día siguiente envió la última parte del texto *La rendición*, un artículo de más de 7.000 palabras que el *New Yorker* publicó el 10 de diciembre de 2001.

Anderson escribió dos artículos más hasta que abandonó el país en los últimos días de enero de 2002. En el mes de abril, preparó de nuevo su equipo para regresar a Afganistán. "Tengo el teléfono satélite con señal pero no puedo conectarlo al módem de mi ordenador portátil. Estoy tratando de comprender qué es lo que sucede. Es sólo un maldito asunto tras otro". El día 9 de abril, el avión donde viajaba aterrizó en "el rebautizado Aeropuerto Internacional Ahmed Shah Massoud". Para escribir *Los asesinos*, el último de sus artículos sobre Afganistán, Anderson pasó más de dos meses allí. Para este viaje se equipó de un teléfono Thuraya que también le dio algún problema. Anderson y Dworzak alquilaron una casa en Kabul. Para el suministro de electricidad ya no empleaban

generadores. Bastaba con sobornar con el equivalente a 5 dólares semanales al encargado de la electricidad de la zona. Anderson le contaba sus dudas a su editora. "No estoy seguro de cómo funciona esto, pero el propietario dijo que es así como lo hacen todos". Al fin y al cabo se trataba de disponer de electricidad, un suministro que tanto en la guerra como en la paz se consigue con dinero. Eso sí, en la guerra es mucho más caro.



Fernando García Mongay entrevista a Jon Lee Anderson.

Jon Lee Anderson, periodista ¹¹

Este escritor de 'The New Yorker' lleva siempre en su equipaje un ordenador portátil a prueba de balas, antena y teléfono por satélite.

EL PAÍS – Fernando García

Tiene el aspecto de un aventurero de película. Y posiblemente lo sea porque es un periodista permanentemente preocupado por el poder y los poderosos y, concretamente, por qué hacen las cosas que hacen los poderosos. Cuando habla explica todo con la misma minuciosidad con la que refleja en sus artículos los detalles de cualquier historia. En los últimos dos años, Jon Lee Anderson, periodista de *The New Yorker*, ha pasado más de diez meses en Irak.

Anderson comenzó a viajar con un portátil en la guerra de Afganistán. Antes, no llevaba ni ordenador ni grabadora. "Tomaba notas y escribía cuando regresaba a casa". En una ocasión, dedicó siete meses a realizar un perfil, algo así como un retrato periodístico, de Gabriel García Márquez, que le sirvió para dejar de grabar las conversaciones. "García Márquez me curó de la grabadora".

Autor de una extensa biografía del Che Guevara, que la editorial Anagrama publicará en los próximos

¹¹ Publicado en Ciberpaís, el suplemento de tecnología del diario *El País*, el día 3 de febrero de 2005.

meses en España, Anderson (1957, California, Estados Unidos) ha escrito para *The New Yorker* perfiles de protagonistas de la historia como Hugo Chávez, Sadam Husein , Fidel Castro, Augusto Pinochet y el rey Juan Carlos I, entre otros.

Empezó a utilizar el ordenador cuando escribió la biografía del Che Guevara en 1995. En la guerra de Afganistán empleaba uno portátil convencional al que le empezaron a salir "manchas en la pantalla". El teléfono satélite Iridium le ocasionaba algunos contratiempos. Los problemas con las comunicaciones eran de tal calibre que Anderson decidió coger un vuelo a Londres para comprarse un nuevo teléfono, un Inmarsat por el que le pidieron 2.500 dólares. También compró otro ordenador portátil, un Panasonic Toughbook. La batería permitía una autonomía de entre tres y cinco horas y media. "Y una cubierta sensacional [a prueba de balas]", le contó por correo electrónico a la editora que seguía sus pasos desde Nueva York.

Los Toughbook son ordenadores pesados (3,6 kilogramos), pero tanto en la guerra de Afganistán como en la de Irak se convirtieron en máquinas muy apreciadas, especialmente por los periodistas norteamericanos. Uno de los inconvenientes de este ordenador era el precio: "Pagué alrededor de 5.000 dólares".

"Mi estancia en Afganistán costó a la revista miles de dólares en comunicaciones. Mi correo electrónico era muy rudimentario. Para conectarme, utilizaba un

proveedor español. Todavía recuerdo el número: 34 958 75... Como empleaba mi cuenta de correo particular para enviar los artículos al *New Yorker*, un día un amigo me mandó unas fotos de su hijo recién nacido y me bloqueó el correo porque no podía copiarlas”.

Al periodista nunca le ha seducido la tecnología. “No me interesa mucho. Sólo siento curiosidad por lo que necesito. No me atrae saber cómo funcionan las cosas. Lo que quiero es que funcionen”. E ilustra su falta de interés con un ejemplo. “Mi hija me obligó a comprar un teléfono con cámara de fotos. Hice algunas el primer día y ya no la he vuelto a emplear”.

Ahora su equipaje tecnológico pesa menos. “Desde hace un año utilizo el Bigam de Inmarsat, que conecto al ordenador y me permite pasar los datos con facilidad. La tarifa es en función de lo que se consume, no del tiempo de conexión. Pesa poco y es muy fácil de transportar. Para la voz, empleo un teléfono satélite Thuraya, que se puede utilizar desde cualquier sitio”.

El ordenador también es más ligero. “A mediados de 2004, compré un portátil de Apple. Como convivo con fotógrafos, veía las cosas que se podían hacer con el Mac y me convenció porque es muy sencillo de manejar y su diseño es estupendo. Además, la pantalla de 17 pulgadas es idónea para ver películas”.

Sobre Jon Lee Anderson

1999–Actualidad: Escritor de la revista *The New Yorker*. Perfiles sobre Gabriel García Márquez, Hugo Chávez, Saddam Hussein y Fidel Castro, además de artículos sobre Panamá, Angola, País Vasco, y Sao Tome & Príncipe. Desde septiembre de 2001, ha realizado reportajes casi exclusivamente desde Afganistán e Irak, escribiendo sobre aspectos desde el terreno de conflicto dentro de la llamada "guerra contra el terrorismo".

En 2002, publicó el libro, *La tumba del león: Partes de guerra desde Afganistán*, y en septiembre de 2004, *La Caída de Bagdad*, Penguin Press, EE UU, que Anagrama publicará en España en 2005.

1998: Artículos para la revista *The New Yorker* sobre el general Augusto Pinochet de Chile, el presidente Charles Taylor de Liberia, el rey Juan Carlos de España y otro sobre Cuba. Un artículo en *The New York Times Magazine* sobre el asesinato del periodista mexicano Benjamín Flores.

1992-1997: Investigación y redacción de *Che Guevara: Una Vida Revolucionaria*, publicada por Grove Press, Nueva York, 1997 (publicado posteriormente en otros idiomas, incluyendo: castellano, portugués, italiano, alemán, finlandés, sueco, bahaisa, turko, serbo-croata, farsi y braille). Anagrama publicará una nueva edición, en español, con traducción revisada, en 2005.

1988-1992: Investigación y redacción de *Guerrillas*, una exploración de la cultura guerrillera en El Salvador, Sahara Oriental, Gaza, Afganistán y Birmania, publicado por Times Books/Random House, Nueva York, 1992; y HarperCollins, Reino Unido. Penguin Press lo ha reeditado en 2004.

1986-1987: *Zonas de Guerra: Voces desde los campos de matanza del Mundo*, historias orales sobre los conflictos en El Salvador, Irlanda del Norte, Israel, Uganda y Sri Lanka. Coescrito con Scott Anderson y publicado por Dodd Mead & Co, Nueva York.

1984-1986: *Dentro de la Liga*, una investigación al interior de la Liga Mundial Anticomunista y sus conexiones con los escuadrones de la muerte latinoamericanos, escrito con Scott Anderson, publicado por Dodd Mead & Co., Nueva York; traducido al ruso, japonés y portugués. Reportero de la revista *TIME* en América Central, establecido en Honduras y El Salvador.

1982-1984: Reportero de investigación para el columnista Jack Anderson, con base en Washington, cubriendo Latinoamérica.

1979-1980: Reportero para el semanario en idioma inglés *The Lima Times*, Lima, Perú.

Otros

Artículos adicionales: En el *New York Times*, *Harper's*, *The Nation*, *Life*, *The Guardian*, *El País*, *Le Monde* y otros periódicos. Documentales para televisión realizados en Panamá, Bolivia, Guatemala y

Bosnia entre 1990 y 1995. Emitidos por BBC, Channel Four, Reino Unido y National Geographic. Líder de expediciones para la Escuela Oceánica en Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia 1977-79.

Datos Personales

Casado, con tres hijos. Nacido en California, USA, el 15 de enero de 1957. Criado y educado en Corea del Sur, Colombia, Taiwán, Indonesia, Liberia y Estados Unidos. Asistió a la Universidad de Florida 1975-1977. Desde 1979, ha residido en Perú, Honduras, El Salvador, Cuba, Washington D.C., Nueva York, Inglaterra y Granada, España. Actualmente vive en Dorset, Inglaterra.

Esta edición de
Un día con Jon Lee Anderson
al cuidado del autor y con la colaboración de Ana Latorre,
compuesta en tipos ATQuaySans de 10 puntos,
se terminó de imprimir en Gráficas Huesca,
Calle Ronda Industria, 57,
22006, Huesca,
el 23 de marzo de 2005

Printed in Spain – Impreso en España

Jon Lee Anderson estuvo cuatro días en Huesca en enero de 2005. En menos de 100 horas, habló en el VI Congreso Nacional de Periodismo Digital, impartió un taller de una jornada sobre perfiles o retratos de personas y visitó la sierra de Alcubierre, siguiendo los pasos de George Orwell en la Guerra Civil española.

En este libro, que incluye el artículo *De Bagdad a Huesca: entre dos campos de batalla históricos*, escrito por Jon Lee Anderson, se explican los métodos de trabajo del periodista y se relatan sus intervenciones en el congreso de periodismo y en el taller de perfiles.

ASOCIACION
DE LA PRENSA
DE ARAGON

CONGRESO
PERIODISMO
DIGITAL